

Paracaídas verde olivo y piñatas a cámara lenta

Juan Carlos Espinosa
Robert C. Harding II

*«Un pueblo no se funda, General,
como se manda un campamento».*

JOSÉ MARTÍ, 1884¹

*«Cada vez son más los cubanos convencidos
de que las Fuerzas Armadas Revolucionarias
llevan un paso adelante en la eficiencia y la productividad,
en momentos en que el país las necesita como nunca antes».*

GRANMA, 1997²

I. INTRODUCCIÓN

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) son el principal baluarte del poder del régimen comunista, en cuya cima se alza el comandante en jefe, Fidel Castro. Las FAR ocupan el centro del proceso de toma de decisiones y en los últimos años se han revelado como los principales empresarios y presidentes de empresa de la revolución. Las fuerzas armadas, además de en sus actividades militares más «tradicionales» relacionadas con la economía y la construcción de la nación, también participan en las áreas económicas más dinámicas: el turismo, las telecomunicaciones, la industria, la producción de cítricos, el tabaco y el desarrollo de zonas de libre comercio. Las «cumbres prominentes» de la economía cubana están literalmente en las leales manos de los militares. No sólo pueden financiar un parte considerable de su presupuesto (se dice que entre el 20 y el 60 por ciento), sino que también hacen una importante aportación al conjunto de la economía cubana.

¹ Carta de José Martí a Máximo Gómez advirtiéndole de los peligros del militarismo, 20 de octubre de 1884. José Martí, *Obras completas*, vol. 1, 1ª parte, pp. 78-81.

² Octavio Lavastida, *Granma Internacional*, 3 de septiembre de 1997.

En marzo de 2001, el gobierno anunció la creación de Juntas de Gobierno que supervisarían las operaciones de 322 importantes empresas, en su mayoría relacionadas con el complejo militar-empresarial. Según los medios de comunicación cubanos, tales empresas producían el 89 por ciento de las exportaciones, el 59 por ciento de los ingresos turísticos, el 24 por ciento de la renta por servicios productivos, el 60 por ciento de las transacciones al por mayor en divisas y el 66 por ciento de las de comercio minorista, y daban trabajo al 20 por ciento de los trabajadores estatales. Se puede considerar que estas cifras proporcionan el valor aproximado de la participación de los militares en la economía cubana.

2. EL COMPLEJO MILITAR-EMPRESARIAL CUBANO: ALGUNAS LECCIONES DE OTROS CASOS

Observar otros países puede proporcionarnos ideas y quizá ayudarnos a desarrollar una visión más compleja del caso cubano que tenga alguna capacidad explicativa o predictiva. Como se ha señalado anteriormente, Cuba no es el único país del mundo en el que las fuerzas armadas tienen un papel económico importante, y ni siquiera es el único en el que dichas fuerzas cuentan con un complejo militar-empresarial cuyas actividades rebasan los parámetros tradicionales del comercio orientado a la defensa. Del mismo modo, Cuba forma parte de un subconjunto de regímenes anticapitalistas militares-movilizadores que han recurrido a sus fuerzas armadas para que participen en empresas con ánimo de lucro, a menudo en colaboración con socios capitalistas extranjeros. China y Nicaragua son dos interesantes casos en relación con Cuba. El primero constituye un ejemplo de régimen que sobrevive a una sucesión, fortalecido por la legitimidad cosechada al mejorar sus resultados económicos. Las reformas fueron controladas por los cuadros civiles del partido, pero puestas en práctica por el ejército. El segundo país ejemplifica el caso de un ejército ideologizado que, mediante una transición democrática, ha sobrevivido al derrumbamiento del régimen que lo definía. El Ejército Popular Sandinista (EPS) era el principal baluarte del régimen del mismo nombre, pero se las arregló para sobrevivir como fuerza reducida en un espacio nuevo y mucho menor, aunque controlando una porción considerable de la actividad económica en el sistema democrático.

El caso chino es el único de nuestro subconjunto en el que los militares no disfrutaron al mismo tiempo de un papel político predominante, bien a través de una *junta*, como los militares de América Latina o Birmania, o de un control *de facto* del sistema político, como en la Indonesia de la época de Suharto o en Tailandia.³ El complejo militar-empresarial cubano es mucho menor y se halla más condicionado por los líderes políticos, aunque comparte algunos rasgos con el caso chino: [1] la gran diversidad de sus

³ James Mulvennon, *Soldiers of Fortune: The Rise and Fall of the Chinese Military-Business Complex, 1978-1998*. Armonk, NY: M. E. Sharpe, 2001, p. 6.

actividades en diferentes sectores y áreas económicas; [2] el consumo por parte de los civiles de artículos producidos por los militares; [3] los vínculos internacionales, y [4] la separación del personal militar de la participación directa en la producción, ya que la mayoría de los empleados son civiles.⁴ El caso de Nicaragua también tiene interés porque proporciona un ejemplo que ilustra las complejidades de una transición desde un régimen militar-movilizador a una democracia. El Frente Sandinista perdió unas elecciones, pero el Ejército Sandinista no sólo conservó una autonomía considerable, sino que también participó en una redistribución espontánea de la riqueza confiscada, que ha pasado a conocerse con el nombre de *piñata*. Aunque el Ejército Sandinista ha sido reformado, reestructurado y está bajo control civil (ahora se llama Ejército de Nicaragua), se mantienen los problemas sociales, económicos y políticos de la *piñata*. Por cuestiones de tiempo y espacio, vamos a repasar rápidamente los casos chino y nicaragüense, y a compararlos con el cubano.

3. CODICIANDO PEKÍN

El modelo chino ha tenido una enorme influencia en Cuba, tanto en los militares como en quienes deciden las políticas. Su atractivo es evidente: un enorme crecimiento económico, una entrada exitosa en la economía mundial y el mantenimiento del rígido dominio del Partido Comunista. Los cambios también han producido contradicciones y consecuencias no deseadas que han generado las masacres de Tiananmen, el caso de la secta Falun Gong, desempleo, corrupción, aparición de conflictos regionales, y miedo al caudillismo armado. Cuba no es China, como ha señalado Fidel Castro; el líder máximo de la isla no se ha mostrado dispuesto a realizar el tipo de reformas estructurales llevadas a cabo por los chinos. El agudo contraste existente entre los resultados económicos de China y los de Cuba se debe en gran medida a la participación directa de Castro en la toma de decisiones.

En los últimos años, ambas naciones han desarrollado vínculos extremadamente próximos. La visita del presidente Yiang a Cuba en abril de 2000 puso de relieve la nueva colaboración política, económica, tecnológica y estratégica de los dos países, que también se han unido en varias empresas conjuntas, en áreas que van desde el cultivo de arroz a la fabricación de televisores. Por su parte, Fidel Castro ha contenido los comportamientos que siguen el modelo chino y, al principio, los rechazaba. Raúl Castro y su equipo parecen haber estado estudiándolos. Por el momento, aunque dicho modelo debe de ser atractivo para quienes deciden las políticas en Cuba, sigue siendo una posibilidad en el horizonte después de una sucesión de tipo comunista.

Como actor económico, el Ejército de Liberación del Pueblo (ELP) chino siguió un proceso de desarrollo similar al de las FAR. Al principio, la implicación del ELP en la economía se concibió para lograr la autosuficiencia y para dar un ejemplo que la población podía seguir. Su papel comenzó a

⁴ *Op. cit.*, p. 10.

cambiar en 1978, cuando el ELP ayudó a impulsar el proceso de reformas iniciado por Deng Xiaoping. Para James Mulvennon, la primera fase (1978-1984) fue la de «instalación del escenario», y en ella el ELP expandió a la producción sus actividades de apoyo económico, aprovechándose de los activos con que contaban los militares y de sus ventajas estructurales.⁵ Tenía sentido que el Partido Comunista decidiera recurrir al ELP. Con frecuencia, se había llamado al ejército anteriormente para llevar a cabo tareas importantes o delicadas, y había tenido su papel en varias campañas económicas. En el ELP, junto a los enormes recursos a su disposición, se presuponía que había eficiencia, disciplina y lealtad; todo lo cual lo convertía en la principal institución para la reforma. Este primer período equivale en Cuba a la aparición, entre 1984-1985, del *tecnócrata-soldado* en la planta Che Guevara de Manicaragua. Tanto China como Cuba se enfrentaban a escenarios similares: ajustes presupuestarios, reducción y desmovilización de tropas, un entorno económico y político internacional en proceso de cambio, y una economía interna que sufría una crisis de formación y acumulación de capital.

La segunda fase (1984-1989) fue un período de expansión en el que se multiplicó por dos el número de empresas. En 1985, el gobierno emitió un documento que dictaba los parámetros de la participación militar en la producción, las empresas y el comercio exterior, y que «determinaba por completo la implicación fundamental del ejército en la producción y los negocios».⁶ Durante este período funcionaban entre 10.000 y 50.000 negocios. Muchos de ellos siguieron «nuevas vías hacia ámbitos empresariales prósperos pero, con frecuencia, polémicos», entre ellos los seguros, el desarrollo inmobiliario y el comercio de valores.⁷ La expansión del ELP hacia estas actividades se atribuyó al aumento de las presiones presupuestarias y a los deseos de muchos que se habían tomado en serio la máxima de Deng: «es glorioso ser rico». El rápido crecimiento también había situado la corrupción y los comportamientos económicos ilegales en niveles desconocidos hasta entonces. Al igual que ocurría en todos los sistemas socialistas centralizados, el llamado «imperativo del presupuesto blando» y la mentalidad de informalidad y de regateo tan inherentes a China se vieron sobrecargados durante la cultura de rápido crecimiento de finales de los ochenta. El paso de una lógica de la producción a otra del beneficio lo transformó todo. En Cuba, el empresario-soldado surgió en un medio mucho más pobre, pero también respondió a la rentabilidad y a valores ajenos a la idea marxista del mundo de Fidel Castro.

Después de 1989, los líderes chinos intentaron «frenar los excesos del sistema» centralizando las empresas en grandes conglomerados o entidades y purgando a los individuos que se habían alineado con el movimiento

⁵ James Mulvennon, *Soldiers of Fortune: The Rise and Fall of the Chinese Military-Business Complex, 1978-1998*. Armonk, NY: M. E. Sharpe, 2001, p. 50.

⁶ Orden citada en Tai 2000, p. 4.

⁷ Mulvennon, p. 51.

estudiantil y obrero aplastado durante el verano de ese mismo año. El lema del periodo (1989-1993) fue «rectificación y consolidación». Su espíritu lo encarnaba un documento conocido popularmente con el nombre de «Los diez nos», que, en líneas generales, trazaba los límites del comportamiento empresarial.⁸ A comienzos de los 90, el complejo militar-empresarial representaba un porcentaje del PNB estimado entre un 1 y un 2 por ciento, en el que un cuarto de los ingresos procedía del sector servicios (por ejemplo, hoteles, hospitales y transportes). En 1992, este sector percibió el 40% de los beneficios del complejo militar-empresarial.⁹

En julio de 1998 se prohibieron oficialmente las actividades comerciales del ELP. Tai Ming Cheung declara que «los líderes civiles ordenaron al ELP abandonar los negocios». La corrupción, el contrabando, la evasión de impuestos, la malversación de fondos públicos, la falsificación y otros males campaban por sus respetos y estaban tan extendidos que «la fiabilidad política del ejército y la salud de la economía china comenzaron a socavarse». Para Tai, la culpa de los abusos la tenían una supervisión laxa y la posición al margen de la legalidad de los negocios militares. Aunque a partir de 1993 la presencia en los medios de comunicación de los problemas del ELP fue censurada, éstos eran difíciles de ocultar.¹⁰

Mulvennon señala que «desde el principio, la participación de los militares en la economía... tuvo sus pros y sus contras... sufragando algunas necesidades financieras del ejército, pero generando una corrupción endémica y otras clases de comportamiento ilegal».¹¹ Según los informes, el empresario-soldado chino y sus actividades dañaron la disposición y profesionalidad del ejército. Tai indica que no era infrecuente que el 20 por ciento de los soldados de una unidad participara en actividades comerciales. Las diferentes oportunidades con que contaba cada una de ellas también crearon disparidades económicas y, a veces, hicieron temer un retorno del caudillismo armado. Estas preocupaciones llevaron a los jefes militares y a los líderes civiles del Partido a ordenar que el ejército se apartara de toda actividad comercial no relacionada con la seguridad nacional o con cuestiones sociales como la aviación, las telecomunicaciones y la asistencia sanitaria. Fundamentalmente, se puso freno al empresario-soldado, mientras que se conservaba la figura del tecnócrata-soldado por su utilidad a la nación y por su carácter de modelo de desarrollo. Esta iniciativa no debe considerarse como un ataque contra los hombres de negocios y la actividad comercial que contribuye al desarrollo económico, puesto que sólo afectó a los hombres de uniforme.

Probablemente, los problemas del complejo militar-empresarial chino han servido de lección y de advertencia a los cubanos. Aunque las oportunidades

⁸ Mulvennon, pp. 70-77.

⁹ Tai, pp. 11-12.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 1.

¹¹ *Op. cit.*, p. 3.

para la corrupción se han comparado con las surgidas en China, hasta el momento parece que Cuba ha logrado controlar mejor los efectos políticos e institucionales de lo que en chino se denomina *bingshang* o «soldados en los negocios». La introducción de las Juntas de Gobierno por parte de las autoridades cubanas, con el fin de supervisar las 322 empresas más dinámicas en 2001, podría responder a los crecientes niveles de corrupción del conjunto de la economía y de las empresas relacionadas con el ejército. En cierto sentido, al reafirmar que el núcleo de la actividad económica son las empresas estatales, los líderes cubanos han demostrado que prefieren el tecnócrata-soldado al empresario-soldado.

4. ¿IMITAR A MANAGUA?

El final de la Guerra Fría también trajo consigo una gran transformación para los militares centroamericanos y, sobre todo, para el Ejército Popular Sandinista (EPS) nicaragüense. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) perdió las elecciones de 1990 frente a una coalición opositora liderada por Violeta Chamorro, viuda de un líder empresarial antisomocista. El régimen sandinista había llegado al poder en julio de 1979, y pronto comenzó a levantar un Estado marxista militarizado. En muchos sentidos, constituía una copia más pobre, ligeramente desvaída, del régimen cubano, incluso en la presencia de los hermanos Daniel y Humberto Ortega, que dirigían, respectivamente, el Estado-partido y las fuerzas armadas. Éstas también tenían mucho en común con las cubanas.

La derrota electoral de 1990 tuvo importantes repercusiones para el EPS. Como ha señalado Juan Rial, «ninguna fuerza armada puede sobrevivir si desaparece el régimen que la creó». Rial también apuntó que «para el EPS, la derrota electoral de los sandinistas fue equivalente a perder una guerra» y le privó de su principal justificación a la hora de actuar. No obstante, el EPS se las arregló para sobrevivir como institución cuando tuvo lugar la transición a un nuevo régimen. Los líderes militares intentaron atraerse a las nuevas élites civiles para tener un futuro como individuos y como institución. Aunque las elecciones obligaron a los 22 miembros del ejército a abandonar la Asamblea Nacional, el FSLN seguía teniendo una influencia considerable entre los militares, ya que la mayoría de los oficiales de rango medio y oficiales de alta graduación pertenecían al partido. El FSLN presionó a Chamorro para que mantuviera como jefe de las fuerzas armadas al general Humberto Ortega, comandante sandinista; con esto se mitigaría el miedo que tenía el ejército a ser víctima de represalias o a ser disuelto, en un momento en el que sus críticos demandaban la completa abolición de las fuerzas armadas. Sin embargo, éstas y los sandinistas tuvieron que aceptar varias medidas que reducían su control sobre ciertos sectores de la vida nicaragüense, entre ellos el ejército. Entre 1990 y 1994 las fuerzas armadas fueron reducidas en un 83 por ciento, pasando de 86.810 integrantes a 14.553, mientras que, en el mismo periodo, su presupuesto menguaba en un 78 por ciento, pasando de 160.8 millones de dólares a 34.5.

El gobierno sandinista saliente dejó a la nueva presidenta varios hechos consumados que complicaron su gestión y que garantizaban una base de apoyo al FSLN. En primer lugar, en sus últimos tiempos, los sandinistas añadieron unos 12.000 nuevos empleados a las nóminas del Estado, para proteger su influencia política. En segundo lugar, mediante las leyes 85, 86 y 88, el FSLN adjudicó a sus líderes y a otras personas afines al sandinismo, grandes y valiosas propiedades. Esta súbita efusión de riquezas pasó a llamarse *La piñata* y en ella se distribuyeron en torno a 1.55 millones de hectáreas (alrededor de un cuarto del total de tierra agrícola del país). En esas expropiaciones se incluían unas 6.000 viviendas en lugares escogidos y 76.000 hectáreas de terreno rural. Para complicar las cosas, los sandinistas destruyeron los registros de propiedad de varios distritos, haciendo prácticamente imposible las reclamaciones por parte de los propietarios originales. Por último, derrocharon casi todo el presupuesto y las reservas de crudo de 1990, dejando que Chamorro gobernara una casa prácticamente vacía. Para la comparación con Cuba resulta relevante la Ley 75 de 1990, que permitió al ejército determinar y controlar el presupuesto y el gasto, y también crear empresas económicas con las que financiar sus actividades.¹²

En 1994, la Asamblea Nacional aprobó una ley, el Código Militar que parecía lograr tres importantes objetivos conducentes a la transformación de la cultura de autonomía militar. En primer lugar, se promulgaba un nuevo Código de Organización, Jurisdicción y Previsión Social Militar, que instaba al comandante del ejército, el general Humberto Ortega, a pasar a la reserva en septiembre de 1995. En segundo lugar, se cambiaba el nombre de Ejército Popular Sandinista, muy cargado políticamente, por el de Ejército de Nicaragua (EN), más neutro. Por último, se alteraba la constitución nicaragüense. Entre las enmiendas se encontraban una declaración del carácter profesional y no político del ejército; la prohibición de que los militares tuvieran papel alguno en la seguridad interna, y la proclamación definitiva del sometimiento de las fuerzas armadas a la autoridad civil.

El alto mando del EN asumió la labor de despolitizar y desideologizar a un cuerpo de oficiales educado en el sandinismo. También hizo grandes progresos en el aumento del nivel de profesionalización de la institución, dándose cuenta de que ésta necesitaba mejorar mucho para convertirse en un ejército moderno y profesional. Todos estos cambios tuvieron lugar con lentitud y deliberadamente. El retiro en 1995 de Humberto Ortega, al que un observador calificó de «especie de cordón umbilical entre un pasado partidista y político y un futuro despolitizado, al margen de los partidos y profesional», señaló una transformación orgánica en el EN.¹³

¹² Meléndez Quiñones, *Los escenarios institucionales de la defensa nacional en Nicaragua*, p. 23.

¹³ Coronel Javier Pichardo, «Control Civil en Nicaragua, 1990-1998,» *Diálogo Centroamericano*, N° 38, marzo-abril de 1999. También disponible en <http://www.us.net/cip/dialogue/9904es08.htm>.

A pesar de su adhesión a la constitución, su cambio de nombre y otros signos alentadores, el ejército ha mantenido y creado para sí importantes prerrogativas económicas, ya que el nuevo código militar no prohibía a los integrantes de las fuerzas armadas poseer su dédalo de negocios. Aunque la Asamblea Nacional insistió en que el ejército se limitara a empresas sin ánimo de lucro y que sus ganancias sólo se emplearan para nutrir el fondo de pensiones militar, no se ha hecho ningún caso de estas directrices.¹⁴ Mediante el Decreto 291, se permite que el ejército establezca y supervise negocios, que ahora incluyen la constructora OBRINSA, pesquerías y varias fábricas de productos textiles, zapatos y suministros para la construcción. El comandante Joaquín Cuadra, que sustituyó a Humberto Ortega, comenzó a animar a sus oficiales a aumentar su experiencia y participar en cursos de gestión y administración. De este modo los militares consiguieron dos importantes ventajas: poca competencia porque, en comparación, el sector privado carece de los enormes recursos del ejército y, hasta hace poco, el secretismo que rodeaba todas estas sociedades les permitió evadir impuestos.

Igualmente impresionante fue la adquisición de medios de comunicación por parte de los militares. Controlaban una emisora de televisión, otra de radio y un diario. Se desconoce la auténtica magnitud de los negocios del ejército; incluso los miembros del FSLN han pedido que se contabilicen por completo, pero no ha servido de nada. La nueva clase militar-empresarial ha entrado a formar parte del 5 por ciento más rico de la población y no parece haber tenido muchas dificultades para adaptarse al programa de privatizaciones de la administración de Chamorro, ni a sus desregulaciones, ni a su liberalismo económico.

Desde octubre de 1993, la Corporación Nacional del Sector Público (CORNAP) ha privatizado 280 de las 351 empresas estatales bajo su control. El ejército se ha mostrado reacio a dar muchos detalles sobre sus múltiples empresas comerciales, y el general Ortega declaró que los intereses empresariales del ejército eran insignificantes. Su sucesor, el general Joaquín Cuadra (que también pasó a la reserva en 2000), sí admitió que el volumen de fondos es considerable en comparación con el reducido tamaño de la economía nicaragüense, aunque se negó a concretar. No obstante, muchas de las mejores empresas estatales fueron entregadas a los militares sandinistas y codificadas por ley como Instituto de Previsión Social Militar (IPSM), un fondo de pensiones que sirve para canalizar inversiones para todas las actividades económicas castrenses. Para sacar el máximo partido a esas operaciones, las fuerzas armadas han llegado incluso a requerir la asesoría de empresarios del ejército hondureño (que posee un número de empresas considerablemente mayor en su propio país), para que les oriente en sus estrategias de inversión. El IPSM tiene actividades bancarias y financieras, e intereses en

¹⁴ Thomas W. Walker, *Nicaragua Without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*, Wilimington, DE: SR Books, 1997, p. 72.

construcción, comercio y servicios, industria y pesca. Hay empresas y servicios dirigidos directamente por el ejército. Con frecuencia, las fuerzas armadas centroamericanas justifican estos fondos de pensiones señalando que son necesarios para proporcionar una vida digna a los militares jubilados, pero ciertos estudios han demostrado que los frutos de estas empresas castrenses no llegan más que a un pequeña parte del ejército. En el caso nicaragüense, de un total de unos 14.000 militares, sólo hay 2.400 oficiales vinculados al IPSM. En suma, aunque los militares nicaragüenses hayan sido desplazados de su posición de poder, a cambio se han convertido en un actor económico primordial del país y, como tal, disfrutan de un alto grado de autonomía. En cierto modo, las fuerzas armadas centroamericanas han intercambiado su poder político, sus presupuestos y la cantidad de sus tropas por una mayor seguridad financiera y una vía de reconversión para los oficiales que han de reintegrarse a la vida civil. Lo que aún está por determinar es si el precio de arrancarlos del poder y de reducir sus contingentes, que se ha pagado con propiedades del Estado y privilegios, es demasiado alto para el conjunto de la sociedad, o si merecía la pena abonarlo para allanar el camino hacia la transición y la consolidación democráticas. Esta cuestión tiene enormes implicaciones para la democracia de la región y, desde una perspectiva comparada, para la Cuba poscastrista.

5. EL PARACAÍDAS VERDE OLIVA Y LA PIÑATA A CÁMARA LENTA

Hay dos estrategias que sirven para mantener el statu quo a corto plazo y para proporcionar recursos para las contingencias del futuro: «el paracaídas verde oliva» y la «piñata a cámara lenta». Tradicionalmente, el «paracaídas dorado» se utiliza para proporcionar a los directivos garantías financieras en el caso de que se produzca una fusión hostil. Reciben un paquete de beneficios que puede incluir opciones sobre acciones, primas, indemnización por cese y otras ventajas que pueden disfrutar en el presente. Estos beneficios potencialmente lucrativos ayudan a atraer y conservar a personas de gran talento y fomentan la estabilidad; literalmente, los «paracaidistas» corporativos son accionistas interesados en el crecimiento y la estabilidad de la empresa. En el mundo capitalista, estos paracaídas dorados también se consideran mecanismos que previenen las absorciones hostiles por parte de otras empresas, puesto que los altos directivos perderían mucho al saltar del avión. Evidentemente, los paracaídas se utilizan en casos de emergencia, cuando se produce una fusión o como póliza de seguros para ejecutivos que tengan que dejar la empresa en circunstancias poco propicias. Algunas de sus definiciones más habituales resultan especialmente irónicas cuando se aplican metafóricamente al caso cubano.

En ese contexto, y en términos figurados, la expresión «paracaídas verde oliva» hace alusión al tipo de seguro que se proporciona a los militares que participan en actividades económicas. Hasta el momento, han ayudado a solventar varios problemas al régimen, que así ha adquirido una mano de obra directiva, supuestamente leal y eficiente, que funciona en un sector

económico ideológicamente desafiante; se ha ocupado del exceso de oficiales, convirtiéndolos en una fuerza reducida, y de un nutrido cuadro de veteranos muy cualificados y desempleados, creando un cuerpo interesado en el mantenimiento del statu quo. Para los individuos, esto supone la oportunidad de crear o reforzar vínculos personales, establecer contactos con hombres de negocios extranjeros, con sus ideas y sus productos, y desarrollar su propio capital humano (y quizá financiero). Si se aprovecha esta oportunidad, el empresario-soldado y su familia podrían situarse en una posición muy ventajosa, presente y futura.

La estrategia de la *piñata* es muy diferente a la del paracaídas. Hay docenas de anécdotas (y unos pocos artículos en la prensa de Miami) detallando hasta qué punto el complejo militar-empresarial ha participado en la redistribución de las propiedades estatales dentro de una especie de privatización destinada a comprar las lealtades y la cohesión de las élites. Pablo Alfonso, columnista del *Nuevo Herald*, escribió que «Decenas de empresas privadas constituidas con capital estatal, están siendo entregadas en Cuba a funcionarios del gobierno, militares de alto rango y dirigentes del Partido Comunista, en una novedosa versión castrista de privatización que está creando una casta de ‘empresarios socialistas’ y fomentando la corrupción oficial en la isla». ¹⁵ Alfonso señalaba que muchas de esas entidades son sociedades anónimas registradas en el exterior y con acciones que guardan «los elegidos» en las cajas de seguridad de bancos extranjeros. El economista Carmelo Mesa-Lago ha indicado que este procedimiento dificulta la labor de seguirles la pista: «Cuba se ha convertido, en la práctica, en un régimen patrimonial, en el que el *comandante* tiene su patrimonio y lo distribuye como le place». Se cita a Jorge Pérez-López señalando que «éste es un fenómeno característico de un sistema en proceso de deterioro cuando su fin se acerca».

Queda por ver si lo que está ocurriendo en el complejo militar-empresarial cubano es la preparación de una estrategia de paracaídas verde oliva o una piñata a cámara lenta. Se podría decir que ese paracaídas no es más que una piñata esperando su momento. La situación cubana podría seguir el ejemplo nicaragüense o los de los antiguos países socialistas, donde la privatización espontánea concedió dinero y poder a muchos integrantes de las antiguas élites gubernamentales. Ninguna de las dos estrategias es una marca de fe en la continuidad del régimen, sino el reconocimiento de que se producirá un importante cambio del mismo, ya sea según el modelo chino; hacia una transición democrática, o en cualquier otra dirección. La elección de la estrategia y su magnitud dependerá de la naturaleza del cambio de régimen y de la fuerza relativa que muestren los militares a la hora de controlar su propio destino.

En resumen, podemos decir que, en la actualidad, los paracaídas verde oliva los utilizan los militares en activo o en la reserva para saltar a la economía tradicional o a las nuevas entidades de la que está emergiendo. La

¹⁵ Pablo Alfonso, «La piñata castrista,» *El Nuevo Herald*, 13 de julio de 1999.

piñata tiene lugar a cámara lenta. Estas actividades no generan un capital privado legalmente utilizable, lo cual no quiere decir que muchos no se lleven la parte del león para su propio paracaídas casero. La verdad es que nadie posee nada, lo tienen en usufructo y un capricho del comandante podría privarles de sus puestos, propiedades y privilegios. Esta situación crea una tensión entre la lealtad y el instinto de conservación que, finalmente, acabará con el pacto de coacción. Entretanto, lo que sigue planteándose es si estas actividades económicas aumentan la lealtad y la cohesión entre las FAR y el régimen, o si fomentan el individualismo, las ambiciones capitalistas y la deslealtad hacia el sistema.

¿Qué podría ocurrir en un momento de transición? Probablemente, el proceso de *piñata* se aceleraría, al tiempo que se desplegarían los paracaídas y se activarían las cuentas bancarias secretas. En realidad, las nuevas autoridades de la transición podrían permitir tanto los paracaídas verde oliva como la *piñata*, a cambio de cooperación o como incentivo para que los oligarcas caqui abandonaran sus puestos. Lo que hoy constituye una fuente de lealtad al régimen, mañana podría convertirse en una especie de moneda de cambio para lograr la cooperación en una transición o en un proceso de separación del ejército respecto a otros ámbitos.

Los nuevos gobernantes, al margen de que el cambio de régimen se oriente hacia la democracia o hacia otro tipo de régimen autoritario, tendrán que ocuparse de los *bisneros* de la oligarquía. Según el refrán anglosajón, la posesión es lo que cuenta, y es probable que, en un futuro próximo, la mayoría de las empresas, tanto de la vieja como de la nueva economía, mantengan a sus gestores-propietarios. Las recientes experiencias en Europa del Este y en la antigua Unión Soviética sugieren que muchos de los individuos que han logrado puestos de poder empresarial y gubernamental eran personas que gozaban de considerable influencia en el antiguo régimen. De entre los nuevos capitalistas, muchos de los mejores son precisamente aquellos que cuentan con experiencia anterior en puestos de gestión de empresas, *apparatchiks* del gobierno, agentes de inteligencia o negociantes del mercado negro. Aunque esto pueda resultar un consuelo para muchas personas de la isla, plantea posibles problemas futuros.

La vertiente más oscura de este fenómeno es la aparición del crimen organizado y la persistencia del viejo aparato comunista. En Rusia, la *mafia* sofoca el desarrollo de los mercados libres y del discurso democrático. «En la recién establecida República Rusa, la histórica influencia de los sistemas económico y social del comunismo reapareció para imponerse a una sociedad que lucha por salir de la ciénaga totalitaria. De ellos, los grupos que definirán los parámetros de la reconstituida sociedad rusa serán la *nomenklatura*, la élite del antiguo partido comunista, y la *mafia*, el conjunto de bandas criminales rusas, que a veces chocan unas con otras».¹⁶

¹⁶ Thomas Kelly, «Corrupting Democracy: Lessons from Russia, Lessons for Cuba,» *Journal of Latin American Affairs*, vol. 4, N° 1, 1996, p. 23.

6. CONCLUSIONES Y LECCIONES PARA LAS FAR

Entre las cuestiones más importantes que revela esta línea de investigación se encuentra el interrogante de si la participación de los militares en la economía será un catalizador, un lubricante o un obstáculo para el cambio político. Hay una segunda preocupación, que se cifra en si el control militar de los elementos más dinámicos de la economía hará más difícil el proceso de separación entre el ejército y los demás ámbitos o si facilitará la conversión.

El caso chino parece indicar que la participación en la actividad económica tiene consecuencias para el ejército como institución y para el conjunto de la sociedad. Las reformas y el papel de los militares como vanguardia de las mismas sirvieron de catalizador para el cambio social; sin embargo, también han ocasionado problemas políticos al Partido Comunista.¹⁷ En cualquier caso, durante muchos años, el papel económico preparó a muchos soldados para trabajar en un nuevo entorno dentro de la economía civil, de manera que, en ese sentido, constituyó un vehículo para la conversión. Puede que la retirada del ELP de toda actividad comercial en 1998 fuera una respuesta a la corrupción y a la falta de control, pero quizá también sirviera como golpe preventivo, antes del siguiente congreso del Partido, previsto para 2002, que había de fijar las directrices para el siglo XXI y presentar a una nueva generación de dirigentes. Se podría especular que, en un escenario de sucesión, los líderes quisieran reducir la incertidumbre y aumentar el respeto por el orden y la jerarquía.

El caso nicaragüense, más similar al de Cuba culturalmente y desde el punto de vista del diseño institucional, proporciona algunos interesantes elementos para la reflexión. El EPS, que conscientemente seguía el modelo de las FAR cubanas, logró atravesar la transición, sobreviviendo al régimen que lo había creado. Desde una posición de relativa fortaleza, consiguió negociar con las autoridades civiles no sólo la reducción de sus contingentes, sino el tamaño de los presupuestos, aunque fuera para establecer nuevas directrices en las relaciones entre civiles y militares. También consiguió negociar un conjunto de requisitos que concedían cierta seguridad a la institución y a los oficiales destituidos. Cinco años después, surgía como un ejército nacional coherente con las necesidades de defensa del país y desvinculado de la tutela ideológica de un partido político. Hoy en día, los militares nicaragüenses cuentan con un gran apoyo público. En encuestas realizadas entre 1997 y 1998, el EN es la institución que goza de mayor credibilidad, ya que casi el 70 por ciento de los encuestados la valora positivamente.

¹⁷ El empresario-soldado creció a sus anchas porque podía salirse con la suya. Su posición privilegiada y el acceso a los recursos, junto a la ausencia de un Estado de derecho, le permitieron actuar con relativa impunidad hasta que sus actividades alcanzaron niveles escandalosos y ya no se podía hacer caso omiso de ellas. Estos empresarios-soldados surgieron en un medio, similar al de todas las economías centralizadas, en el que la corrupción, la ineficiencia, la escasez, el regateo informal y los imperativos del presupuesto blando eran endémicos. No se inventaron la corrupción o la codicia, simplemente contaban con la capacidad y los recursos para crecer exponencialmente en un entorno más permisivo, que situaba el crecimiento y la riqueza por encima de casi todo.

En primer lugar, el proceso de separación entre el ejército y los ámbitos no castrenses depende de la disposición del primero a reducir sus prerrogativas económicas y políticas. Con frecuencia, dicha actitud se basa en el reconocimiento de que el futuro del país dentro de la comunidad internacional depende de un ejército controlado por el poder civil. La globalización se ha convertido en un influyente instrumento. De este modo, a partir del ejemplo anterior, así como de las recientes experiencias militares de Europa Central y Oriental, se puede decir que uno de los factores causales más importantes a la hora de establecer una separación entre los ámbitos castrense y civil es la posesión de una actitud de aceptación del poder civil como única forma de gobierno legítima.

Al igual que ha venido ocurriendo en América Central, en Cuba, las FAR se han convertido en el modelo empresarial, y esto representa un obstáculo considerable para una posible democratización. Dada la estructura histórica de las FAR dentro de las preocupaciones políticas de la isla, las primeras siguen siendo hoy en día la principal fuerza política, sobre todo porque Raúl Castro es comandante del ejército y heredero aparente de su hermano. ¿Son los militares un agente de la reestructuración económica? ¿Son los protectores pretorianos de un régimen que considera que su papel económico no es más que otra de sus misiones? ¿O, acaso, el ejército participa en «... la creación de una nueva economía que debe preceder a la creación de una clase dirigente también nueva y más capaz.»?¹⁸

Tal como demuestra la experiencia centroamericana, el hecho de que los militares sean un actor económico podría tener problemas que pueden afectarles tanto social como económicamente. Lo que antes era una institución muy popular cada vez se percibe más como un ente privilegiado y muy alejado de la población. La percepción de que los mandamases del ejército se han convertido en una nueva casta de *mayimbe* puede resultar perjudicial para un país que durante más de cuarenta años ha estado sumido en un virulento guiso de igualitarismo y de envidia. El cambio de actitud hacia los militares, aunque sigue siendo anecdótico, se refleja en entrevistas realizadas en otros países a cubanos que acaban de llegar o a otros que retornan. Ésta es la otra cara de la moneda de la ambigüedad entre lo civil y lo militar, y de la identificación entre el ejército y el impopular régimen político que sostiene.¹⁹ La disonancia entre los viejos ideales revolucionarios y los rumores de pantagruélicos excesos entre los nuevos oligarcas ha introducido amargura incluso en el discurso de los viejos seguidores del Partido. También hay informes que indican la existencia de quejas relativas a la creciente desigualdad entre la tropa y los oficiales. Otra posible línea de fractura es la existente entre los oficiales blancos y los que no lo son, que refleja los

¹⁸ Paul Cammack y Philip O'Brien, «Conclusion: The Retreat of the Generals,» en *Generals in retreat: The crisis of military rule in Latin America*, Philip O'Brien y Paul Cammack, eds., Manchester: Manchester University Press, 1985, p. 190.

efectos del socialismo y del efecto *vitrina* que han tenido el sector turístico y otros nuevos sectores económicos.

Otro posible problema para el empresario-soldado es el atrinchamiento de los intransigentes del régimen, que siempre han considerado que las medidas de tipo mercantil constituían peligros necesarios de los que había que librarse cuando el régimen se estabilizara. Al igual que un caudillo patrimonial o un padrino de la mafia, puede dar y puede quitar. Hay numerosos ejemplos que ilustran la caída de privilegiados miembros de la élite. Por otra parte, la fuerza y la amplitud relativas de los nuevos tecnócratas y empresarios-soldados, y su estrecha relación con Raúl Castro, les conceden una protección mínima de la que no dispone la élite que ha caído ni el *maceta* o el *candonguero* de las calles. Teniendo en cuenta la reacción que tuvo el régimen ante el Plan de Apoyo a la Transición Democrática de la Administración Clinton, cabe preguntarse si Fidel Castro está del todo cómodo con la creciente autonomía de los nuevos oligarcas verde olivo.

Desde otro punto de vista, es preciso plantearse hasta qué punto están bien preparadas las empresas de las FAR para la competencia global, cuando han desarrollado sus cotos capitalistas sin competencia en los ámbitos laboral o de capitales, en el acceso a los recursos del Estado y en el ejercicio de un control regulador y de aplicación de las leyes. Estas empresas han florecido en un ambiente artificial. Funcionan en un vacío en el que pueden controlar los factores de producción, los precios, la comercialización, una mano de obra maleable y las reglas. En sectores en los que no pueden lograr un gran control, como allí donde se trata de pedir prestado capital extranjero, no les ha ido muy bien. No se han enfrentado a la prueba de la eficiencia, ni siquiera según los propios criterios del SPE.

Domingo Amuchástegui ofrece una importante valoración sobre la naturaleza de estos «soldados»: son «una élite política, con o sin uniforme, muy unida, que lucha por su supervivencia, recuperación y continuidad; no son un sector de la sociedad y del Estado conocidos como «los militares», aislado en su instrucción y en sus cuarteles. Están construyendo los nuevos sistemas y espacios en los que podrán reinsertarse cuando regresen y que también responderán a las expectativas de las generaciones que siguen siendo leales a la estructura de poder actual».²⁰

La estrategia de reformas liderada por Raúl y el ejército ha hecho ganar mucho tiempo y quizás haya logrado la pervivencia del régimen a corto y medio plazos, pero se ha pagado un precio muy alto desde el punto de vista de

¹⁹ El periodista independiente Juan Carlos Céspedes ha escrito sobre las percepciones populares en artículos en los que compara las demandas de los campesinos locales con los militares que disfrutaban del uso de las mejores tierras y haciendas en las provincias orientales de Cuba. Véase Juan Carlos Céspedes, «Las fincas de los comandantes latifundistas.» *Carta de Cuba*, verano de 1997.

²⁰ Domingo Amuchástegui, «Cuba's Armed Forces: Power and Reforms,» en *Cuba in Transition*, Jorge Pérez-López y José F. Alonso, eds., Washington, DC: Association for the Study of the Cuban Economy, 1999, p. 112.

la equidad y la igualdad social. Dos importantes críticos de la línea de sucesión, Emilio Ichikawa y Haroldo Dilla ponen de manifiesto elementos de las estrategias del paracaídas y de la piñata y advierten de la perturbadora aparición de una nueva élite impregnada de privilegios y de corrupción. Ichikawa traza un «mapa ideológico del castrismo» y descubre que una constelación de familias son «las auténticas fuerzas que guiarán el contexto poscastrista o que sobrevivirán en él», siguiendo una estrategia de supervivencia «en la que un retoño hace una demostración de adhesión pública al castrismo [y] hay varios consolidándose en las nuevas estructuras económicas y jurídicas de un subsistema que bien podría ser valioso en una Cuba poscastrista».²¹

El investigador marxista Haroldo Dilla señaló que las reformas económicas de mediados de los 90 habían producido «una recomposición de las clases sociales, como consecuencia de la aparición de un bloque tecnócrata-empresarial». Cuba ha sufrido «un proceso de reconfiguración social», caracterizado por el «fortalecimiento de un bloque tecnócrata-empresarial que se beneficia de los vínculos con el mercado y que cuenta con posibilidades reales de convertirse en la capa social hegemónica». El bloque al que se refiere Dilla se compone de los que trabajan en sectores con inversión extranjera, de los directores de empresas estatales más estrechamente relacionados con el mercado mundial, así como de los campesinos, intermediarios y proveedores de servicios que han amasado dinero con sus actividades económicas».²²

Otro académico no identificado dijo a Saul Landau que «una casta militar privilegiada, sin imaginación política, liderada por Raúl Castro... espera entre bastidores. Junto a ellos están los *apparatchiks* y tecnócratas que conforman la masa leal en los discursos, los cuadros dispuestos a realizar las nuevas labores con el fin de impulsar sus carreras. A diferencia de los guerrilleros de los años de la Sierra, la nueva masa nunca ha conocido el sufrimiento o el sacrificio. Se parecen a los oportunistas de Europa del Este, que un día eran comunistas y al siguiente hombres de negocios».²³

La aparición del empresario-soldado y de lo que el columnista Soren Triff denominó *compañero empresario* dentro de las élites militar y civil es uno de los procesos más interesantes del Período Especial. Habrá que poner mucho interés en ellos y estudiar el papel que puedan tener y que tendrán en un escenario futuro. Serán actores y puede que dependa de unas autoridades de transición con apoyo internacional el encontrar formas de separarlos del poder, quizá incluso de volver a coser el paracaídas verde oliva con el fin de reducir la sensación de amenaza que perciban los militares en las malignas fuerzas del neoliberalismo y de la globalización o, más concretamente, en los

²¹ Emilio Ichikawa, «Cuba: Corruption as a Moral Standard,» manuscrito inédito, Washington, DC, 2001.

²² Haroldo Dilla, «Comrades and Investors: The Uncertain Transition in Cuba.» *Socialist Register*, 1999, pp. 229-234.

²³ Citado en Saul Landau, «Is Fidel Washed Up?» *The Progressive*, agosto de 1992.

exiliados que retornen imbuidos de cuarenta años de experiencia en el mundo real. Como mínimo, la situación actual proporciona al empresario-soldado y, en cierta medida, también al tecnócrata, una «ventaja» de la que carecen otros habitantes de la isla; el *cuentapropista* autoempleado actual se ve limitado a la economía de *timbiriche* que está en los márgenes de la legalidad y no puede competir con los nuevos oligarcas de paracaídas verde oliva y de las piñatas a cámara lenta.

TABLA I
CHINA, CUBA Y NICARAGUA

INDICADORES BÁSICOS, 1987-1997	CHINA		CUBA*		NICARAGUA	
	1987	1997	1987	1997	1987**	1997
Fuerzas en activo (miles)	3.530	2.600	297	55	80	14
Soldados por 1000 hab.	3'3	2'1	29	5	24'2	3'1
Renta media respecto al PNB	4%	2'2%	3'9%	2'3%	59'1%	4'5%
Gasto per cápita***	\$49	\$61	\$167	\$65	\$83	\$6

Fuente: WMEAT (*World Military Expenditures and Arms Transfers*, Agencia estadounidense para el control de armamentos y el desarme) 1998, Tabla I.

* Nota: las fuerzas en activo no incluyen el EJT.

** Nota: las cifras son de 1990.

***Nota: valor constante en dólares de 1997.

CHINA: reducción de sus fuerzas activas en un 26%.

CUBA: reducción de sus fuerzas activas en un 81%.

NICARAGUA: reducción de sus fuerzas activas en un 82%.

CHINA: se produce un descenso del 45% en la renta media en relación con el PNB, pero el gasto per cápita pasa de 49 a 61 dólares, un incremento de casi el 25%.

CUBA: se produce un descenso del 40% en la renta media en relación con el PNB, y el gasto per cápita cae desde 167 a 65 dólares, un descenso del 61%.

NICARAGUA: se produce un descenso del 93% en la renta media en relación con el PNB, mientras que el gasto per cápita pasa de 83 a 6 dólares, una caída de casi el 93%. Por otra parte, en El Salvador se registra un descenso de la renta media en relación con el PNB que hace que se pase del 5'2% al 0'9%, y en Guatemala del 1'8% al 1'4%. El porcentaje obtenido por los militares es un indicador relativo de su capacidad para recabar fondos y da la medida del control civil. En 1997, el gasto per cápita de estos dos países fue de 18 y 21 dólares, respectivamente, lo cual refleja su prosperidad en términos comparativos.